

LLAVES DEL RECUERDO Y LA ESPERANZA

ELOY BENITO RUANO
Real Academia de la Historia

La expulsión de los judíos españoles (o de los españoles judíos) del reino de Castilla en 1492 produjo, aparte los efectos político-sociales perseguidos por la Corona (y ciertamente, por la comunidad cristiana de la época) no pocos sentimientos de conmiseración por parte de numerosos miembros de la sociedad de la que aquéllos formaban parte.

Bástenos recordar al efecto el famoso párrafo del cura de la localidad andaluza de Los Palacios, Andrés Bernáldez en que describe la estampeta que a los ojos de sus feligreses y suyos propios ofrecía el tránsito de tantas familias, muchas de ellas acaso más o menos vecinas de su parroquia:

«Salieron de la tierra de su nacimiento chicos e grandes, e viejos e niños, a pie e cavalleros en asnos e en otras bestias... e en carretas... E ivan por los caminos e canpos con muchos trabajos e fortuna, unos cayendo, otros levantando, unos muriendo, otros nasciendo, otros enfermado que no avía cristiano que no oviese dolor dellos»¹.

Sin dejar de estimar personalmente, de modo también expreso, que la medida era «justa y necesaria», al resistirse quienes la padecían a recibir la gracia del bautismo que se les ofrecía para salvación de sus almas.

La decisión era de hecho el cumplimiento del objetivo final perseguido por los Reyes Católicos, conforme en cierto modo extremo al moderado consejo de alguno de sus asesores morales, tal como fray Alonso de Oropesa:

¹ Andrés BERNÁLDEZ (Cura de Los Palacios), *Memorias del reinado de los Reyes Católicos*. Edición y estudio de Manuel GÓMEZ-MORENO y Juan de Mata CARRIAZO (Madrid, 1962), p. 258.

«La culpa principal de todo era la mezcla que avía entre los judfos de la sinagoga y los christianos, agora fueran nuevos, agora viejos, dexándolos vivir, tratar y consultar juntos, sin distinción»².

Ambiente que el prior general jerónimo había percibido en la ciudad de Toledo, por ejemplo, durante la *inquirición* que por encargo de los Reyes había llevado a cabo en 1461. Lo describe otro cronista, Fernando del Pulgar, cristiano nuevo él mismo, de esta manera:

«Fallóse en algunas casas, el marido guardar algunas ceremonias judaicas, e la mujer ser buena christiana; e el hijo e hija ser buen christiano e otro tener opción judaica. E dentro de una casa aver diversidad de creençias e encubrirse unos de otros»³.

Todavía, sin embargo, meses después de consumido el plazo de expulsión de los renuentes a la conversión, el 10 de noviembre del propio año de 1492, los Reyes promulgaron, como es sabido (aunque no por todos los interesados en el tema), un decreto según el cual se aceptaría el regreso de cuantos de sus vasallos expulsos desearan reintegrarse a sus antiguas residencias, una vez que probaran haber recibido el bautismo en sus fronteras, o antes o después de traspasarlas de nuevo.

La incitación —más que invitación— ofrecía el privilegio de que los nuevos cristianos así reinsertos pudieran recuperar los bienes muebles, inmuebles y semovientes (tierras, residencias, ropas, bestias, etc.), por los ínfimos precios que se hubieran visto obligados a enajenar con motivo de la masiva oferta producida en vísperas de su éxodo.

La perspectiva del regreso fue asumida por un cierto número de individuos y familias. Su cuantía, nada cuantiosa, ha venido registrándose nominalmente en diversas aportaciones⁴; y aunque susceptible de incrementarse con nuevas rebuscas, no será, desde luego, en inodo alguno multitudinaria.

La inmensa mayor parte de los perseverantes en su fe, dispersos por Europa, el norte de África y ulteriormente por la América hispana, cons-

² Fr. José DE SIGÜENZA, *Historia de la Orden de San Jerónimo*, Nueva Biblioteca de Autores Españoles, VIII, t. 1 (Madrid, 1907), p. 368.

³ *Crónica de los Reyes Católicos*, Edición y estudio por Juan de Mata CARRIAZO, t. II (Madrid, 1943), p. 210.

⁴ Cf. una concisa bibliografía sobre el tema en nuestro propio trabajo sobre «Reinserción temprana de judfos expulsos en la sociedad española», incorporado a la 2.ª edición del libro *Los orígenes del problema converso* (Madrid, Real Academia de la Historia, 2001), pp. 219-220.

tituyeron la solera cuya descendencia y proliferación llegó a encarnar la casta o grupo social de lo sefardíes; claramente diferenciada (autodiferenciada) de los askenacíes, de origen centroeuropeo.

Muchos de los forzados emigrantes de la primera hora llevaron consigo (o es tópico atribuírselo) las llaves de las moradas por ellos y sus familias habitadas en las respectivas ciudades o localidades de sus orígenes o nacimiento. Llaves de luego añoradas casas de Toledo, de Ávila, de Segovia, de Hervás y ulteriormente de los *calls* catalanes. Viejos inmuebles tiempo ha derruidos, pero de cuyas puertas son hoy sus llaves herrumbrosas reliquias de recuerdo y marchita esperanza.

A este fenómeno ubicable en Salónica (y en los Balcanes en general, en el África del Norte, en Turquía y hasta en prósperas mansiones de los Países Bajos y del Norte y el Sur de América) alude el soneto vivido por Jorge Luis Borges que nos permitimos brindar al regusto de medievalistas españoles. Y, aunque ajeno como el autor -que se sepa- a estas estirpes, pero no al ejercicio de nuestra Historia, también sin duda a nuestro querido colega, Prof. Ádám Szászdi Nagy.

Reza así el emotivo soneto:

Una llave en Salónica

Abrabanel, Farías o Pinedo,
arrojados de España por impía
persecución, conservan todavía
la llave de una casa de Toledo.

Libres ahora de esperanza y miedo,
miran la llave al declinar el día;
en el bronce hay ayeres, lejanía
cansado brillo y sufrimiento quedo.

Hoy, que su puerta es polvo, el instrumento
es cifra de la diáspora y del viento,
afin a esa otra llave del santuario

que alguien lanzó al azul cuando el romano
acometió con fuego temerario
y que en el cielo recibió una mano.

«Poema hermoso como un león» estimó este soneto con ocasión de un acto de homenaje a su autor Ricardo Adúriz, miembro al parecer del Instituto de Intercambio Cultural y Científico Argentino-Israelí; acto en

el que «luego —añade— reviviremos en la voz perenne y legendaria de Berta Singerman»⁵.

Huelga el intento de suscitar con glosa alguna la sensibilidad del lector, ya estimulada sin duda por el poeta con la supuesta en la mente de los protagonistas de su soneto.

Un episodio según el cuál las llaves del Templo de Jerusalén fueron arrojadas al espacio antes de su destrucción por Nabucodonosor, tal como lo narra cierto comentario legendario del *Levítico*, consignando que el Rey de Judá Yejoníá, hijo de Joaquín, al entregarse vencido al conquistador,

«fuese a reunir todas las llaves del Templo y subiéndose al pináculo del tejado exclamó (*invocando a Yahvé*): ‘Señor del mundo, puesto que no hemos merecido ser tus tesoreros, ni hemos sido para Ti mayordomos fieles, desde ahora en adelante aquí tienes las llaves a tu disposición’,

(*Aunque*) dos amarañas (*difieren en lo que pasó*): Uno dice que una especie de mano de fuego bajó y se las tomó; el otro opina que desde que las tiró aún no han caído al suelo»⁶.

Otra fuente relata que antes de que los enemigos cumpliesen su propósito de incendiar el Templo, bajaron del cielo cuatro ángeles con cuatro hachas en las manos y le prendieron fuego por sus cuatro ángulos:

«Cuando vio el Sumo Sacerdote que había sido quemado el Templo, cogió las llaves y arrojándolas hacia los cielos abrió la boca y exclamó (*invocando a Yahvé*): ‘Aquí tienes las llaves de tu casa, pues no he sido dentro de ella sino un administrador infiel’»⁷.

Pero no se consigna la aparición de la mano sobrenatural.

Tampoco la hemos localizado, suponiendo la recogida por ésta de la llave en el espacio, con ocasión de la segunda destrucción del Templo de Jerusalén por el Emperador Tito en el año 70 d.C.: «el Romano», a quien sin duda puede referirse Borges. Pero incluso autorizados hebraístas españoles e israelitas actuales me manifiestan no conocer la existencia de este episodio.

¿Podría tratarse de una libérrima invención de Borges, concebida como de naturaleza homogénea a la de las consignadas?

⁵ *Sefárdica*, n.º 6 (1988), Centro de Investigación y difusión de la Cultura Sefardí (Buenos Aires).

⁶ Cf. Elena ROMERO, *La Ley en la Leyenda. Relatos de tema bíblico en las fuentes hebreas* (Madrid, C.S.I.C., 1989), p. 513.

⁷ Cfr. Elena ROMERO, *ob. cit.*, p. 525. Otras versiones en Louis GINZBERG, *The Legends of the Jews*, IV (Philadelphia, The Jewish Publication Society of America, 1947), p. 286.

CASTELLOLOGÍA LÍRICA
MIRAR. COMPRENDER. SENTIR

JUAN MUÑOZ RUANO

A LA TORRE ALBARRANA DE MONTALBÁN

El castillo eres tú, torre albarrana,
prisma de rúbea piedra berroqueña,
que arista, blanca, la calcárea peña
y enraiza su poder en roca hermana.

Temible realidad desafiante,
te alzas cara al llano, sobre el monte,
y apremias, absoluta, el horizonte,
que oteas, disuasoria y vigilante.

Aquí la soledad tu voz acalla,
que otrora fue el aviso de la vela,
el paso que apresura el centinela,
el grito de la lid en la muralla.

Cumplida tu misión, resta la ofrenda
de tu belleza real en el paisaje,
y la emoción sutil de ese mensaje
que trasciende la historia y la leyenda.

CASTILLO

De ti, tras tu misión ¿qué es lo que queda?
Puede que de tus muros algún lienzo.

Tal vez un nombre, que bautiza el campo
que ara un labriego.

O en un viejo poema de juglares,
algunos versos.

Quién sabe si en algún rancio contrato,
un dato notarial, desnudo y seco.

Y es posible que al hueco de la tarde,
sólo un lamento.

Cumplida tu misión, noble castillo,
no eres ya —¡qué tristeza!— ni recuerdo.

CASTILLO AL ATARDECER

Un azul en la tarde anohecida,
pintado en el postrer claror del cielo.
Un azul en azul, de fugaz vida.
Un damasco en celeste terciopelo.

Una recia silueta desolada
sobre el borde rubí del horizonte,
que en un mismo color unificada,
prolonga el llano, coronando el monte.

Un tallado perfil de camafeo
sobre una hermosa gema imaginada.
Joya ofrecida como impar trofeo,
presa imposible, siempre codiciada.

Una sombra en la sombra, que imprecisa
el tenue resplandor del firmamento.

Un silencio en la noche, que la brisa,
transforma en un rumor, en un lamento.

CASTILLO EN CASTILLA

El castillo aparece en lo alto,
sobre una colina
que emerge entre nubes sobre el pardo suelo.

Sus torres se muestran entre la neblina,
pierden su contorno en un *sfumato* contra el gris de plomo
del pesado cielo.

Y en el claro-oscuro se fingen misterios
que surgen lo mismo.
Sergas del entonces que en leyenda tornan.

Un todo concorde que ciñe el abismo;
pasado y presente:
la noche que acuna los hechos que fueron;
la niebla que envuelve los viejos sillares
que el castillo forman.

¡Castillo en Castilla!
Silencio que se alza sonoro
de gestas pasadas.

Muros torturados por fieras historias perdidas,
que repite el coro
del viento en las piedras heridas.

¡Castillo en España!
Donde ya sólo grita el recuerdo.

PUERTO DE LUMBRERAS

Puerto de Lumbreras, que se desenvuelve,
surcando los ocres y verdes de un campo
que en rojas montañas sus llanos resuelve,
y busca en los cielos, el azul y el ampo.

Vertientes terrosas que escarban las lluvias,
y coronan cimas mordidas del viento.

Tersuras rayadas, que excavan las gubias
del aire y del agua con voraz aliento.

Del fondo, a lo lejos, el negro azulado
de una serranía que nubes oscuras
abrazan, pendientes de un cielo aplomado,
y el ánimo inquietan con viejas pavuras.

Macizos potentes, formas minerales
que estremecedoras levantan altivas
sus testas, buscando mundos siderales,
añorando empujes de fuerzas cautivas.

El camino muestra su prieta tersura
bajo la llovizna que el aire matiza,
entre los relieves de una arquitectura
de cárdenas rocas, que el musgo suaviza.

Luego, bajo un rayo de sol increíble,
erguido en un recio paisaje de sierras,
Vélez Rubio -¡Vélez!- se hace visible:
castillo soberbio, señor de estas tierras.

Puerto de Lumbreras, camino de moros,
forjado en el yunque de una orografía
de brava rudeza, de nombres sonoros:
Picos de La Muela, Gigantes, María...

CASTILLO EN RUINAS

Fuiste una vez; ya no.
Fuiste no obstante.
Y un resto queda aún de tu figura.
Muy poco más.
La niebla del recuerdo, ya distante,
vacío de emoción, miedo, ternura.

Fuiste una vez; ya no.
Pero ¿qué fuiste?
¿Lo indican ya tus piedras esparcidas?

Acaso sí.
En la savia de un arco que subsiste,
o en las dovelas secas ya caídas.

Fuiste una vez; ya no.
Mas ¿y mañana?
¿Quedará algo de ti sobre ese otero?
Siempre estarás.
El monte mineral será peana
del hueco de tu cuerpo de guerrero.

CASTILLO

No sé si es un castillo sobre un monte,
o un todo mineral que lo culmina.

No sé si esa silueta, ese horizonte,
es una irrealidad en la neblina.

Tal vez la piedra transformada en muro,
añorante, sintió su alma de roca.

Tal vez la cima, con afán obscuro,
en guerrero perfil se quebró loca.

Quizás sea fruto de una fantasía,
que el vago amanecer forja en el cielo.

Quizás una verdad que desafía
la visión, que transforma en un anhelo.

O diorama en azul, que oscurecido,
la niebla miente en singular belleza.

Recuerdo de un ayer, ennoblecido
por un hoy de nostalgia y de pureza.